

SAN FELIPE NERI. EXPERIENCIA DE DIOS Y MISIÓN¹

Ávila, 12 de marzo de 2022

*Glorificetur Dominus
et videbimus in laetitia vestra²*

(Is 66,5)

P. ENRIQUE SANTAYANA LOZANO C.O.
CONGREGACIÓN DEL ORATORIO DE SAN FELIPE NERI
DE ALCALÁ DE HENARES

Roma se levanta agitada por el entusiasmo. Entre los arcos y las columnas, los bustos de los antepasados y las estatuas de los dioses paganos, se encuentran ahora por todas partes los signos de la civilización cristiana. Lo humano se toca con lo divino. Una amalgama de pasiones tan antiguas como modernas y una desconcertante belleza. La Reforma católica reclama con sus imponentes iglesias la atención hacia la gloria del hombre adquirida por la sangre del Redentor. El *Gesù*, el centro pulsante de la Compañía de Jesús, está levantado desde hace 54 años. En San Pedro, la gran cúpula ha sido coronada con la esfera de bronce dorado y con la cruz hace 19 años. Entre san Pedro y el *Gesù*, la *Chiesa Nuova*, donde descansan los restos de san Felipe, solo hace cinco años que ha terminado sus últimas obras³.

El ingenio de alguno, quien sabe si artesano, sacerdote o sacristán, da cauce a los sentimientos de los romanos: «Hoy el papa canoniza a cuatro españoles y a un santo». La fórmula mordaz, pero llena de afecto hacia «padre Filippo» se repite por las calles. Y es que la de san Felipe había sido una gran misión hacia el pueblo de Roma, todo el pueblo, desde el más pobre, hasta el Papa. Con esto empezamos casi por el final el tema propuesto: «Experiencia de Dios y misión de san Felipe».

No es que desconociesen a los cuatro españoles. De hecho los romanos tienen aún fresco el recuerdo de Ignacio y de Francisco Javier, que, junto a otros jesuitas, se han sentido desde 1538 en *Santa Maria della Strada*⁴. Recuerdan su entrega a los enfermos tras la sequía y la hambruna de 1538 en el *Hospital de Santiago de los Incurables*⁵, seguramente el escenario del primer encuentro entre el ya maduro Ignacio y Felipe joven y laico, que servía desde años atrás a los enfermos en aquella institución. También allí, quizá ya antes, Felipe hizo amistad con Francisco Javier y con otros, como Persiano Rosa y Buonsignore Cacciaguerra. Allí nació seguramente el vínculo humano que le llevó a la iglesia de *San Girolamo della Carità*, donde se dieron cita hombres de gran valía espiritual y apostólica. En sus

¹ Conferencia pronunciada el sábado 12 de marzo de 2022, en Ávila, en el Simposio mundial «Santidad, Misión y Experiencia de Dios». CiTeS – Universidad de la Mística (Ávila).

² «El Señor sea glorificado, y lo contemplaremos en vuestra alegría» (Vulgata, Is 66,5).

³ Los dos deambulatorios que circundan la gran nave central y que llevan directamente a las capillas de San Carlos Borromeo y de San Felipe Neri.

⁴ La actual iglesia de *Il Gesù*.

⁵ En *Via del Corso*, muy cerca de *Piazza del Popolo*.

alrededores, en aquellos años del s. XVI, uno podría encontrarse a Ignacio, a Francisco Javier o a Felipe, pero también a san Félix Cantalicio, a san Carlos Borromeo, a san Camilo de Lellis o san Pio V.

Y además de los santos contemporáneos, la huella de los pasados seguía presente por todas partes: la casa de santa Brígida, los restos de santa Catalina de Siena y del Beato Angelico, los de santa Inés o los de Santa Mónica. Pero en esta abigarrada convivencia de santos antiguos y modernos, los romanos consideran suyo a Felipe: «Hoy el Papa canoniza a cuatro españoles y a un santo». Cada santo tiene su misión, quizá compartida con otros. Sin duda, Ignacio y Javier compartieron la suya. La misión de san Felipe fue el pueblo de Roma, que no es un algo aparte de su obispo, ni de la ciudad como corazón de la cristiandad. Felipe se dirigió al pueblo de Roma y así hizo su parte en la Reforma católica.

Vayamos a su experiencia de Dios. Dos primeras dificultades nos salen al paso. La primera: la idea de nuestros días sobre la «experiencia humana» está caracterizada por una cierta hegemonía del sujeto en su relación con la realidad y por un cierto relativismo que lo acompaña. Al trasladar la idea de experiencia al ámbito religioso, acentuamos los aspectos subjetivos de todo conocimiento y de toda relación, introduciendo un cierto desequilibrio en la comprensión de la relación entre el hombre y Dios, pero también de las relaciones entre el hombre concreto y la comunidad, con el protagonismo de lo propio y original frente a lo común. Y conforme la relación entre sujeto y objeto se inclina a favor del primero, se llega progresivamente a la incapacidad de la comunicación de lo propio, hasta que el hombre aparece como mero individuo, tan protagonista como aislado, en una relación unilateral con todo lo que no es él. No es que no pueda expresar con palabras lo propio, es que no hay verdadera posibilidad de compartirlo. Esta lógica, no de papel, sino real, lleva a la palpable soledad de nuestros días.

Desde luego que es legítimo preguntar por la experiencia, en este caso, de san Felipe, preguntar por lo que le es propio y le da esa fisonomía tan especial. El problema no está en lo propio frente a lo común, ni en los aspectos subjetivos frente a los objetivos, sino en su desequilibrio. Uno de los rasgos de la ascética de san Felipe, que impuso en el Oratorio como un principio inamovible que salvaguarda la caridad, es su repulsa, casi visceral, a todo lo que pareciera afirmación de «lo propio» sobre lo común: «Huid de toda singularidad y deleitaos en la vida común»⁶, solía exigir a los suyos. Para entender a san Felipe tenemos que estar dispuestos a renunciar un poco a nuestros criterios sobre la importancia excesiva del yo. Él contestaría de mala gana sobre su propia experiencia, creo que diría sencillamente que era un católico y que con eso se resumía bastante bien su experiencia, la que le venía de la fe recibida, la vida sacramental y la comunión con la Iglesia. De hecho, él nos dirá poco de sí mismo; y sus hijos, en realidad, no lo lamentamos, porque así, cuando nos empeñamos en otra cosa, nos seguimos topando con la elocuencia de su vida, que nos dice «sed humildes, sed pequeños»⁷.

Con el elocuente silencio de san Felipe sobre sí mismo, llegamos a la segunda dificultad: que él nunca escribió mucho; que cuando creyó que la muerte se acercaba, quemó los pocos escritos que guardaba, con lo que apenas nos quedan de él un par de cartas y algunas anotaciones en escritos de otros; y que, además, guardó escrupuloso silencio sobre sus vivencias, especialmente sobre las místicas. El silencio de san Felipe sobre sí mismo está muy relacionado con la huida de toda singularidad, la mortificación del yo, el

⁶ SAN FILIPPO NERI, *Massime e ricordi*. A cura di EDOARDO ALDO CERRATO (San Paolo, Milano 2006), 90.

⁷ *Ibid.*, 68.

olvido de sí y su empeño en la humildad. Ya entrado en años, apenas podía sufrir su fama de santidad que combatía haciendo las cosas más extrañas ante la mirada de los curiosos, para provocar la hilaridad, incluso el desprecio, sobre su persona. Uno de sus más queridos hijos espirituales protagonizó un hecho que nos sirve para entender cómo vivió e inculcó este olvido del yo y el consiguiente silencio sobre sí. Lo cuenta así san John H. Newman:

El padre Consolini, era, de todos los hijos espirituales de San Felipe, su amigo más íntimo. El santo escondía de los ojos del mundo sus dones con mucho celo», pero «a Consolini no le ocultó nada. Bueno, supondréis entonces que, tras la muerte de Felipe, su amado discípulo propagaría alto y claro todo lo que pudiera en su honor. No fue así. Lejos de eso, aunque era el más devoto y el más amado de los hijos de san Felipe, sin embargo, cuando se inició el proceso de canonización, no quería que la Congregación la promoviese. Él mismo, al principio, se negó a declarar en el proceso y, cuando se lo mandaron sus superiores, lo hizo con evidente reticencia. ¡Qué natural es esto! San Felipe le era demasiado cercano⁸.

Lo cierto es que sin escritos, sin grandes declaraciones sobre sí mismo a terceros, solo nos quedan dos grandes fuentes donde buscar indicios de experiencia íntima: los pasos que va dando en la vida, que denotan una cierta forma de relacionarse con Dios; y las abundantes máximas e ideas que solía repetir, que muchos recordaron y fueron documentadas en el proceso de canonización, iniciado muy pronto. Escogeré ahora algunos puntos destacados de su vida para ver dónde nos llevan; queremos rastrear la experiencia religiosa de san Felipe y ponerla en relación con su misión romana. Dejaré a un lado algunos apuntes que nos vienen de la tradición filipense, que no tienen por qué ser tenidos como legendarios, pero que no pueden ser verificados por el método historiográfico⁹.



I. ANTES Y DESPUÉS DEL PENTECOSTÉS DE SAN FELIPE

El primero de esos momentos es el que algún biógrafo ha denominado «el pentecostés de san Felipe». Del hecho mismo sabemos muy poco, porque san Felipe lo escondió como una realidad íntima. Cuando le preguntaban, respondía con las palabras de Isaías, según la Vulgata: «*Secretum meum mihi*»¹⁰; y solo en contadas ocasiones, poco antes de morir, habló de él a unas pocas personas. Ocurrió cerca de cumplir los 30 años, o quizá, antes de cumplir los 29, en total soledad, probablemente en la víspera de Pentecostés de 1544, en el interior de las catacumbas de san Sebastián. Lo que sabemos con certeza es que padeció una irrupción del Espíritu Santo, el «golpe» de un espíritu ardoroso. Ese es el hecho seguro. Y también estamos ciertos de tres efectos físicos que le quedaron de forma permanente: calor

⁸ SAN JOHN HENRY NEWMAN, *La misión de san Felipe Neri* (Didaskalos, Madrid 2021), 60.

⁹ Sigo, como línea segura, los trabajos del padre ANTONIO CISTELLINI, *San Filippo Neri. Breve storia di una grande vita* (San Paolo, Milano 2007), a partir de ahora: *Breve storia*; y también ID., *San Filippo Neri. L'Oratorio e la Congregazione Oratoriana I* (Morcelliana, Brescia 1989), a partir de ahora, *San Filippo Neri*.

¹⁰ Is 24,16. San John H. Newman citará de nuevo las mismas palabras, evocando a san Felipe, en el primer párrafo de su *Apologia*, cuando se ve obligado a desvelar, ante la curiosidad acusadora de muchos, la intimidad de las ideas religiosas que le habían llevado a la Iglesia de Roma. Cf. SAN JOHN HENRY NEWMAN, *Apologia pro vita sua* (Encuentro, Madrid 2010) 51.

excesivo, arqueamiento hacia el exterior de las costillas más cercanas al corazón, y un violento latido del corazón, que a veces hacía que todo él y todo lo que estaba en contacto con él sufriese fuertes sacudidas.

El hecho viene precedido por un itinerario espiritual, manifiesta consecuencias físicas y espirituales y, luego, es seguido de un camino espiritual y apostólico posterior.

Felipe había nacido en Florencia en julio de 1515. El ambiente familiar y educativo que le rodeó era el de los seguidores del ya muerto *Girolamo Savonarolla*, al que san Felipe veneró durante toda su vida. En 1527, tras el *sacco* de Roma, los partidarios del dominico habían interpretado que las profecías del fraile se estaban cumpliendo, expulsaron de Florencia a *Alessandro de' Medici, il Moro*, y tomaron el gobierno. En la puerta de *La Signoria, Palazzo Vecchio*, inscribieron: «Jesucristo, Rey del pueblo florentino». Las tropas imperiales y papales sitiaron la ciudad entre 1529 y 1530. Felipe pudo ver en las esquinas de las calles el desafiante lema de la ciudad: «pobre, pero libre». Finalmente, las tropas de Carlos V devolvieron el control a *Alessandro de' Medici*, que pronto, en 1532, se convirtió en el primer duque de Florencia. Fue cambiada entonces la inscripción en el Palazzo Vecchio: «Jesucristo, Rey de reyes y Señor de señores». En ese contexto, seguramente antes de los 18 años, Felipe es enviado lejos, con un pariente sin herederos directos, un comerciante, que había prosperado en *Cassino*, entonces san *Germano*, junto a la gran abadía benedictina, en la región de *Campania*. Nunca más volvió Felipe a la orgullosa ciudad del Arno. Igual que Felipe otros muchos florentinos salieron entonces de su ciudad. Dos cosas se llevó Felipe: primero, la educación espiritual de los dominicos de san Marcos, un hecho cierto y documentado; segundo, el gusto por la libertad.

La fecha en que Felipe dejó Florencia y se encaminó hacia *Cassino* nos importa solo para entender si allí tuvo tiempo de recibir la herencia benedictina, ya que en 1534, con 19 años, estaba en Roma. San John Henry Newman da por cosa cierta esta influencia. En relación con *Cassino*, la tradición oratoriana también sitúa a san Felipe meditando la pasión en un curioso lugar, a unos sesenta kilómetros de la gran abadía: la *Montagna spaccata*, la montaña rajada, en la ciudad costera de *La Gaeta*. En una gruta del acantilado se observa una gran fisura en la roca, de arriba abajo, como el velo rasgado del Templo de Jerusalén. Se asociaba el resquebrajamiento del risco al momento de la muerte de Cristo. Entre las dos paredes que bajan vertiginosas y se hunden en el Tirreno, parece incrustada una gran peña y sobre ella una ermita donde se medita la pasión de Cristo.

La estancia de Felipe en *Cassino* y su visita a la Gaeta nos da pie para poner de manifiesto algunos principios de su espiritualidad, que podrían tener relación con estos lugares. Ahora no nos importa tanto llegar a conclusiones de tipo histórico, como a poner de manifiesto estos principios:

1. La relación con la herencia benedictina explicaría un rasgo fundamental de la vida de san Felipe y de la Congregación fundada por él, que lo distingue enseguida de la misión de san Ignacio y de los jesuitas. Ese rasgo es la estabilidad: san Felipe desarrollará su misión en Roma y solo en Roma. ¿Aprendió san Felipe el valor de la estabilidad, tanto para la vida del alma como para la misión, de la obra de san Benito? No sabría asegurarlo, pero lo cierto es que es un principio en la vida benedictina, como lo es en el Oratorio. Felipe llegará a Roma como peregrino y nunca más saldrá de la ciudad. Y la Congregación del Oratorio que él fundará será la Congregación *de Roma*, con la intención de que sus miembros vivan y mueran en ella. Y así, las otras congregaciones que nazcan después, lo harán a imagen de la romana, con la misma vocación de estabilidad y permanencia en su lugar propio.

2. Otra idea fundamental de san Benito, «no anteponer nada a Cristo», también muestra su cercanía, quién sabe si su influencia, sobre el florentino. Sus hijos recordarán siempre en sus labios: «Quien quiere otra cosa que no sea Cristo, no sabe lo que quiere. Quien pide otra cosa que no sea Cristo, no sabe lo que pide. Quien obra y no lo hace por Cristo, no sabe lo que hace. Todo es vanidad, sino Cristo»¹¹. En estas palabras, que san Felipe repetía con variaciones, dependiendo de las circunstancias, aparece el principio absoluto para él: Cristo, quien le da sentido y orientación, quien llena su inteligencia y gobierna su voluntad, quien da calor a su corazón, la fuente y el objeto de su amor, el centro nuclear de su vida. Su gusto por la libertad se convierte en capacidad para entregarse a Cristo. La experiencia religiosa elemental de san Felipe es la del valor absoluto de la persona de Jesús. El espíritu de fuego que lo invadió en su pentecostés no hizo sino fortalecer con un don extraordinario lo que ya había en su corazón como núcleo moral: el amor a Jesucristo, que se desarrolló y se hizo cada vez más poderoso.

Pero las palabras de san Felipe revelan también otros tonos de su camino ascético y otra influencia: la de la sabiduría del Qohelet: «Todo es vanidad», que le llega con la poesía de Jocopone da Todi, o quizá con Savonarolla. Un desarrollo del principio de la vanidad de las cosas, con su aspecto práctico y ascético, aparecerá en la famosa «visita a las siete iglesias» y en el «canto de la vanidad»¹² que les acompañaba: «ogni cosa è vanità», dice el estribillo. Él había practicado esta visita de forma solitaria y silenciosa en sus primeros años romanos, luego la retomó con sus hijos para enseñarles el desprecio del mundo con el contrapeso de una alegría contagiosa. Su alegría viene no de un voluntarismo inútil, sino de la esperanza cierta de aquello que no es vanidad, Cristo y la vida eterna. El «ogni cosa è vanità», de la famosa canción —que si no fue escrita por san Felipe, lo fue por alguno de sus hijos¹³— se equilibra con el otro grito, más poderoso, de «Paradiso! Paradiso!»¹⁴. San Felipe propone de nuevo el tema del Qohelet, pero no con la tristeza de quien se ve defraudado por la vanidad de las cosas y con el miedo de quien ve en el mundo un peligro de quedar atrapado, sino con la alegría festiva de quien tiene algo que no es vano y ya no puede perder: el amor de Cristo.

3. Vemos así el amor a Cristo como principio absoluto y, luego, la percepción de la vanidad de las cosas y de las obras humanas, ambos sintetizados. En esta síntesis de principios diversos, a veces serán contrapuestos, se revela otro detalle importante de la personalidad y de la espiritualidad de san Felipe, que me gustaría llamar «espíritu católico», que no separa, sino que une orgánicamente. Él amalgama líneas distintas de comprender el mundo y la vida humana con los ojos de la fe, aúna lo diverso. Junto a la vanidad del mundo emerge la figura absoluta de Cristo, que juzga, separa y salva también lo que se perdería en la vanidad: las criaturas, el trabajo del hombre, los anhelos expresados en la oración y los pequeños pero legítimos amores. También en esto se muestra radicalmente católico. No solo no se jacta de ser original, sino que acoge de forma natural lo que le llega de la Iglesia, de los tiempos antiguos o de los modernos. Así como hace suya la forma

¹¹ FILIPPO NERI, *Massime*, 57-58

¹² GIUSEPPE DE LIBERO, *Vita di san Filippo Neri* (Oratorio di Roma, Roma 1960), 191-192.

¹³ Quizá Giovanni Animuccia. Cf.: CISTELLINI, *San Filippo Neri*, 96.

¹⁴ Cf.: CISTELLINI, *San Filippo Neri*, 114: «Aquí está la llave y un poco el jugo de la concepción filipense de la vida espiritual: el tiempo y la realidad terrena, deseable y feliz o adversa, son, a ojos del padre Felipe, realidades todas ellas envueltas en luces crepusculares, anuncio de una vida verdadera más allá del tiempo. Lo repetía bromeando a propósito del capelo cardenalicio que varias veces le fue ofrecido: “¡Paraiso! ¡Paraiso!».

sencilla de convivencia y vida comunitaria descrita en los *Hechos de los Apóstoles*, abraza también el impulso reformador que bulle entre los sacerdotes de *San Girolamo della Carità*. Bebe todo lo que le llega del gran caudal de la Iglesia, engrosado con «muchas aguas». Es curioso, por ejemplo, cómo hace propias las enseñanzas de Juan Casiano, que en algunos puntos puede ser tenido como un semipelagiano, al mismo tiempo que de mil formas afirma el primado de la gracia, por ejemplo, con la invitación a la confesión frecuente. San Felipe integra en unidad lo que parece contrario y así desconcierta a los hombres de miras estrechas. Conquista la libertad, frente al mundo y frente a todos, y al tiempo se hace «esclavo de todos», de pequeños y grandes. Voluntariamente se apega a los hombres concretos por los vínculos de la caridad como un padre incansable; se apega a la ciudad donde vive, a sus viejas habitaciones, incluso a los animales que cuida, para desesperación de sus más refinados hijos. Conjuga el amor a lo creado, a lo que es bello, a la música... y el desprecio de lo mundano; la compasión más exquisita con las debilidades humanas y la exigencia ascética más radical; y aún esta ascética la conjuga con la alegría, con el buen humor, con la broma y con la risa.

También el mejor biógrafo moderno de san Felipe, el padre Antonio Cistellini, pone en evidencia su espiritualidad y su psicología compleja, la riqueza de un hombre realmente «grande», que yo interpreto como realmente «católico»:

En el largo curso de su existencia [se hacen evidentes] lo que se podrían llamar “contradicciones flagrantes: amor a la libertad y aceptación dócil de un orden, franca cordialidad y amor a la soledad, gusto por la amistad y reserva delicada, ardor místico contemplativo y tensión continua al apostolado, rechazo de una regulación estricta (votos) [hay que aclarar que es un rechazo para sí mismo] y reclamo e imperativo a la obediencia de la regla... Psicología misteriosa de un alma grande, ¡que solo Dios conoce!”¹⁵

4. La herencia benedictina explicaría también la conexión de san Felipe con el mundo cristiano antiguo, con la época de los mártires y de los Padres de la Iglesia. Newman dice que es el influjo de san Benito el que hace que, cuando el florentino llegue a Roma, busque los vestigios de la antigüedad cristiana, «en aquellos lugares que san Benito habría tomado para él: junto a los antiguos papas mártires, su corte y santo séquito, sus diáconos, ministros y sacerdotes; con san Calixto, con san Sebastián y san Lorenzo...»¹⁶.

5. Pero hay más. San Felipe fue un contemplativo impulsado a la acción por el amor, y no sufría la ociosidad, así «el “ora y labora” de los venerables padres benedictinos lo afirmó en su ascesis, hasta el punto de hacer de este programa una regla propia: “Ningún día sin hacer nada. Ahora trabaja, ahora reza, ahora lee... ninguna hora sea ociosa”»¹⁷.

6. Por último, el encuentro con la *Montagna spaccata*, como manifestación en la naturaleza de la Pasión de Cristo, podría dar cuenta de la importancia de este misterio en la espiritualidad de san Felipe. Es un hecho que con treinta y tres años, laico, junto a su confesor, el padre Persiano Rosa, fundó en Roma la Hermandad de la Santísima Trinidad, con la finalidad de proponer el culto eucarístico y la meditación de la Pasión de Cristo. Curiosamente también la ermita construida en la *Montagna spaccata*, donde se proponía la

¹⁵ CISTELLINI, *San Filippo Neri*, 33.

¹⁶ NEWMAN, *La misión de san Felipe*, 51-52.

¹⁷ ALBERTO VENTUROLI, *Il Profeta della Gioia. La mistica di san Filippo Neri* (Jaca Book, Milano 1999), 13.

meditación de la Pasión de Cristo, llevaba el nombre de la Santísima Trinidad. Si Felipe peregrinó hasta allí, no hay duda de que meditaría en este misterio. Pero hay que entender que san Felipe no sufrió un proceso de conversión como el de san Ignacio, la suya fue más bien un *crescendo* en el vínculo con la persona de Cristo desde la infancia. No es necesario, por tanto, suponer que fuera en la roca herida de la Gaeta donde empezase a valorar la Pasión como el objeto de su oración. La devoción católica, tanto en España como en Italia, estaba ya muy centrada en la humanidad de Cristo, especialmente en la Pasión y en la Cruz. Y eso une a Felipe con Santa Teresa o con san Ignacio y san Francisco Javier.

El paso de Felipe por *Cassino* nos ha dado pie para exponer algunas notas fundamentales de su espiritualidad. De una forma u otra, su dedicación al comercio duró muy poco. Pronto lo dejó todo y, como peregrino, se dirigió a Roma. Fue en 1534, cuando tenía 19 años; y la única razón fue la religiosa; no hay ninguna otra. Lo sabemos por la vida que deliberadamente llevó en la Urbe desde el primer instante y también porque, en los diálogos que luego mantendrá con sus discípulos —atraídos por lo que veían en él, pero apegados aún a una cómoda mundanidad—, les hablará de aquella decisión, a fin de estimularlos a la virtud.

En Roma tomó un pequeño trabajo, preceptor de dos niños, con el que percibía lo suficiente para mantenerse, pobre y libre. Empezó a estudiar filosofía en *S. Agostino* y teología en *La Sapienza*. Eso fue en 1535, pero tampoco pasó muchos años en la Universidad y la abandonó en 1537. Al hacerlo, regaló los costosos libros que había adquirido a un estudiante que no podía pagárselos y comenzó una personal forma de *vida eremítica*. Centró su atención en el cuidado de los enfermos y, sobre todo, en la oración, en total soledad y libertad. Pasaba muchas noches rezando en los atrios de las iglesias, a veces leyendo con la sola luz de la luna. Añorará aquellos años, cuando la solicitud por sus hijos le impida una intimidad de oración así. Descubrió la práctica de la *Visita a las siete iglesias* y, en una Roma despoblada, colonizada por la vegetación, caminaba y rezaba entre San Pablo extramuros, San Juan al Laterano, la iglesia de la Santa Cruz de Jerusalén, San Pedro, San Lorenzo al Verano, Santa María Mayor y la Basilica de San Sebastián. Quien conozca Roma se dará cuenta de la distancia entre estos lugares y la soledad que imponía el trayecto. San Sebastián, las oscuras y abandonadas galerías de sus catacumbas, a más de siete kilómetros del centro de la ciudad, fue uno de los lugares donde pasaba las horas. La conclusión que podemos sacar de estos datos es que Felipe no tenía entonces un plan concreto de vida religiosa¹⁸, buscaba amar a Cristo como sabía y como se le presentaba, un poco como quien se abre paso a tientas en un camino desconocido. En el proceso de canonización, uno de los que le trataron resumió: «le movía la sed de servir a Dios»¹⁹, no había un plan más elaborado. En este noviciado particular, «como un pobrecillo de Cristo y nada más»²⁰, sin saber en absoluto lo que le esperaba, pasó casi diez años hasta lo que hemos llamado «su pentecostés».

Por sus largos años dedicados a la oración, solitaria, tantas veces nocturna, alguno podría concluir que se trataba de un joven reconcentrado e introvertido, de carácter triste o melancólico. Nada más lejos de la realidad. De natural jovial, vivaz, divertido, tenía la extraña virtud de saber estar con todo el mundo. Esa era su natural forma de ser, que la ascesis acentuó cada vez más. Jovialidad natural, primero; alimentada en su propia ascesis, después. Felipe buscaba la soledad no por desagrado hacia nada ni hacia nadie, no por

¹⁸ CISTELLINI, *Breve storia*, 19: «No tiene un plan concreto... conforme a una específica vocación».

¹⁹ Cf. Declaración de Gallonio.

²⁰ CISTELLINI, *San Filippo Neri*, 24.

desencanto, no huyendo de nada, sino buscando algo que llamó: «tener espíritu». Pedía a Dios que le «diese espíritu».

El tiempo que no consumía en la oración, servía los enfermos. Su amor al Dios hecho hombre le hacía también natural el amor al hombre desvalido. Han quedado los registros de los hospitales romanos donde sirvió durante años. Pero sigamos con la oración de esos largos años. ¿Qué meditaba? ¿Qué pedía? Tenemos dos testimonios sobre el particular en el proceso de canonización: el primero, del cardenal Federico Borromeo, sobrino de san Carlos; el segundo, del médico de Felipe, Angelo Vittori, bien conocido en la Roma de entonces. En los dos testimonios que voy a leer se resume el contenido de su súplica y las noticias escuetas de ese pentecostés suyo al que ya hemos aludido. Aquí el testimonio de Federico:

Pidiendo a Dios que le hiciese entender cuál debía ser su estado, no estando aún seguro totalmente de la vida que debía seguir, estando en la cama, se le apareció una persona vestida de ropa pobre, harapiento, parecido —me decía— a las pinturas ordinarias de san Juan Bautista. Le sobrepujo entonces un gran temblor y una vehemencia de espíritu. Desapareció la imagen y entendió que Dios quería que llevase una vida pobre²¹.

Sigue Federico Borromeo más adelante:

De las palpitations y del movimiento tan grande de su corazón, él me contó bien claramente, poco tiempo antes de su muerte, cómo le había ocurrido. Me dijo que, siendo laico, pedía al Espíritu Santo que lo ayudase, suplicaba sus dones y le dirigía algunas oraciones. Y sintió que le llegaba este movimiento [...] En la zona del corazón sentía un enorme calor, que a veces se difundía desde él por todo el cuerpo²².

Por su parte, el médico declaró:

Mientras que lo atendía como médico y le preguntaba ciertas cosas sobre su mal a fin de conocer mejor su naturaleza, me dijo que sobre los treinta años, poseía un gran fervor y rezaba al Espíritu Santo que le diese sobrecabundancia de espíritu; y que le dio tanto, que necesitó tirarse al suelo; al levantarse sintió las costillas levantadas y una contusión dentro, que le ha durado toda la vida; y que se lo había dicho a Federico Borromeo, cardenal. Al preguntarle si pensaba que este fervor de espíritu era el causante del efecto [el que trataba como enfermedad], respondió: Creo que puede ser; que, así como el alma, siguiendo al cuerpo, es arrastrada por él; así también el cuerpo, siguiendo al alma, puede ser arrastrado por ella²³.

Aquí tenemos el núcleo de su súplica en aquellos años, antes de cumplir los treinta. Es necesario pararse a pensarlo: desde los 19 a los 29 años, más o menos, su dedicación

²¹ GIOVANI INCISA DELLA ROCCHETTA, NELLO VIAN, CARLO GASBARRI, *Il primo processo per san Filippo Neri*, III (Biblioteca apostolica vaticana, Città del Vaticano 1960), 422. No parece este el momento del “pentecostés”, aunque creo que algún autor lo confunde con él. Seguramente porque enseguida dice que le quedó gran fervor de espíritu, tanto que le obligaba a tirarse al suelo. Pero no tiene por qué ser el mismo, podría ser anterior o posterior.

²² GIOVANI INCISA DELLA ROCCHETTA, NELLO VIAN, CARLO GASBARRI, *Il primo processo per san Filippo Neri I* (Biblioteca apostolica vaticana, Città del Vaticano 1960), 424.

²³ GIOVANI INCISA DELLA ROCCHETTA, NELLO VIAN, CARLO GASBARRI, *Il primo processo per san Filippo Neri*, IV (Biblioteca apostolica vaticana, Città del Vaticano 1960), 35-36.

fundamental fue rezar en soledad y rogar al Espíritu Santo que le diese, «sobreabundancia de espíritu», «cúmulo de espíritu»²⁴.

Con esto, aunque desconozcamos muchos detalles, podemos entender mejor el significado de aquella irrupción sobrenatural del Espíritu Santo en la vida de Felipe, en sus veintinueve años. Felipe había hecho un largo y perseverante camino y el Espíritu Santo le colmó el alma con su presencia amorosa y ardiente. Y una cosa más, tan importante como la anterior: esta presencia desbordante permaneció en él.

De la irrupción sobrenatural del Espíritu Santo, acontecimiento tan real como espiritual, quedaron manifestaciones físicas permanentes, absolutamente documentadas. De ellas acabamos de escuchar la descripción de su médico. La autopsia verificó que dos costillas del lado izquierdo habían sido separadas del cartilago y formaban un visible abultamiento. «Los testimonios antiguos son unánimes cuando refieren el latido violento del corazón que le sobrevino cuando se acercaba a la treintena, el arqueamiento hacia el exterior de las costillas de su costado izquierdo y el calor incesante y exagerado que le duró toda la vida»²⁵. La documentación es tan grande y tan concluyente que es imposible negar estos hechos, ocultarlos o reinterpretarlos como mera expresión de la admiración de sus amigos o hijos.

Opino que estos fenómenos físicos que sufrió san Felipe durante toda su vida no han sido bien valorados. En nuestros días es casi imposible que no se vean como descripciones legendarias o que, en todo caso, se pase sobre ellas como mera anécdota. En otros tiempos quizá fueron objeto de una atención excesiva, valorados en sí mismos, por su carácter sorprendente. Pero pocas veces se ha caído en la cuenta de su significado. Mi conclusión es sencilla: los fenómenos externos descritos son signos de un acontecer en el alma; y el carácter permanente de estos fenómenos expresa el carácter permanente de esa tumultuosa unción del Espíritu, no una experiencia mística aislada, que le lleva a una especie de crónica «enfermedad de amor» —como la llamó uno de sus discípulos²⁶— y a un vuelco en la misión. San Felipe expresaba en dos versos petrarquescos, que repetía a menudo, esa dolencia crónica que padecía:

*Vorrei saper da te come egli è fatta,
questa rete d'amor che tanti abbraccia*²⁷.

A pesar de los versos, no hay que pensar en un amor romántico, sino bien pegado a lo real, a la vida sacramental, a las mil circunstancias de la vida cotidiana de sus hijos y a los pobres.

La irrupción del Espíritu le volcará hacia lo que podríamos llamar una vida más pública y misionera. A partir de los 30 años, coincidiendo con el inicio del Concilio de Trento, san Felipe empieza a frecuentar la iglesia de *San Girolamo della Carità*, para los oratorianos el

²⁴ CISTELLINI, *Breve storia*, 21.

²⁵ CISTELLINI, *San Filippo Neri*, 33 (nota 63)

²⁶ Cf. Depositione de Vitelleschi, en: GIOVANI INCISA DELLA ROCCHETTA, NELLO VIAN, CARLO GASBARRI, *Il primo processo per san Filippo Neri*, I (Biblioteca apostolica vaticana, Città del Vaticano 1957), 272.

²⁷ «Quisiera que tú me dijeras cómo está hecha / esta red de amor que tanto estrecha». Son los dos primeros versos de un soneto petrarquesco. El testimonio es de Pietro Paolo Crescenzi: Cf.: GIOVANI INCISA DELLA ROCCHETTA, NELLO VIAN, CARLO GASBARRI, *Il primo processo per san Filippo Neri*, II (Biblioteca apostolica vaticana, Città del Vaticano 1958), 77.

seno materno donde fuimos engendrados, donde se encontró en medio de un importante número de sacerdotes excepcionales y fecundos. Entre ellos, por poner un ejemplo, san Juan Leonardi, fundador de los clérigos regulares de la Madre de Dios, que afirmó que aquel lugar había sido «la fuente y el origen del espíritu en Italia, y semillero de tantos hombres señalados por su santidad y perfección de vida»²⁸. Felipe encontró allí su primer confesor estable, el padre Persiano Rosa. Con su apoyo funda en 1548 una hermandad con finalidad propiamente espiritual: la promoción de la piedad eucarística y la meditación de la vida de Cristo, especialmente su Pasión. Aquí empieza Felipe a predicar, cuando era laico y cuando no se le pasaba por la cabeza ser sacerdote. La hermandad recibió el nombre de «Confraternidad de la Santísima Trinidad». Al acercarse el Jubileo de 1500 se le pide a Felipe, por su ya notorio trabajo en san *Giacomo degli incurabili*, que preste el servicio de atender a los peregrinos enfermos y necesitados. De ahí el segundo nombre que se adjuntó al original: «Confraternidad de la Santísima Trinidad de los Peregrinos». El servicio dado fue enorme.

Los datos biográficos expuestos nos posibilitan una primera idea de la relación entre la experiencia de Dios y la misión en san Felipe. Tras la vida de los primeros años en Roma, un tanto eremítica, originalmente eremítica, el acontecimiento místico del Espíritu Santo va a significar un adentrarse más en la misión, que es un ejercicio de la caridad cristiana, que va a desembocar en algo que Felipe nunca buscó: el sacerdocio. Poco a poco ese servir a Dios como a tías, amando como sabe, sin un plan de vida concreto, desde que deja a su tío en Cassino, va a desembocar en algo que Felipe nunca buscó: el sacerdocio. Pasado el ajetreo del Jubileo, Felipe, fiado del criterio de su confesor, es ordenado el 29 de mayo de 1551. Estaba cerca de cumplir los 36 años, entonces una edad muy tardía para recibir el Orden.



II. MISIÓN SACERDOTAL

A partir de aquí se va a desarrollar su misión romana con dos focos: el primero, el confesionario; el segundo, una realidad totalmente nueva, creada por su genio, el Oratorio. Pero aclaro ya que el Oratorio depende del confesionario y nace de él. En dependencia del Oratorio y en dependencia también de la relación con san Felipe a través del confesionario, surgirá posteriormente una tercera realidad: la Congregación romana del Oratorio.

Newman pone en contraste la misión de san Francisco Javier con la de san Felipe. Asociado a la administración del bautismo, a Francisco Javier se le considera apóstol de Oriente; Felipe llegó a ser «el apóstol de Roma», mucho después que Pedro y Pablo, no por el bautismo, sino por la penitencia²⁹. Y dice el británico: «Al igual que san Francisco bautizó decenas de miles, Felipe, cada día y casi cada hora durante cuarenta y cinco años, estuvo recuperando, animando y guiando penitentes a lo largo del angosto camino de la

²⁸ CISTELLINI, *San Filippo Neri*, 43

²⁹ Cf.: SAN JOHN HENRY NEWMAN, *La misión de san Felipe Neri* (Didaskalos, Madrid 2021), 67.

salvación»³⁰. Newman no exagera, repite lo que los oratorianos sabemos bien: que Felipe se entregó al confesionario y prácticamente todo lo demás nació de este ministerio. Eso ocurrió en la iglesia de san *Girolamo della Carità*, que será el escenario del nacimiento del Oratorio y la casa de san Felipe hasta 1583, cuando prácticamente a la fuerza se traslada a la *Chiesa Nuova*. En nuestras casas conservamos una reliquia de san Felipe, de su corazón, pero cada uno de nosotros conserva también con afecto una pequeña astilla de su confesionario. San Felipe consumió el resto de su vida en el servicio del sacramento de la penitencia y todos lo recordarán como confesor, consejero y guía espiritual.

Hay que decir que, justo por aquellos años, en las primeras fases del Concilio de Trento, la confesión y la práctica de la dirección espiritual fueron propuestas como el mejor modo de afirmar en el pueblo de Dios una vida cristiana seria. Sin embargo, la realidad que vemos en Felipe dista mucho del estereotipo que domina nuestra imaginación al pensar en un sacerdote que se dedica a confesar. Porque la red de amor, descrita por los versos petrarquescos antes citados, se extendió del corazón de san Felipe a sus penitentes, que pronto fueron hijos queridos, más que penitentes.

Ya antes de recibir el sacerdocio, Felipe había manifestado una particular capacidad de comunicación, en el sentido más profundo: dar y hacer partícipe de lo propio. En los primeros años de su vida romana, en el tiempo no dedicado a la oración o a los enfermos, le complacía andar por los pequeños talleres de artesanos, comerciantes... y trabar conversación con pequeños y grandes. Solía decir: «Queridos míos, ¿cuándo vamos a empezar a hacer el bien?» O: «¿Cuándo vamos a empezar a ser buenos?» Estas palabras a veces han sido mal comprendidas: como el «enganche» para desarrollar una especie de misión popular por las calles, como una estrategia, un artificio, para entablar una evangélica conversación. Veamos a qué responden realmente y por qué las traigo ahora que hablamos de su ministerio en el confesionario.

San Felipe tenía algunos dones extraños y extraordinarios. Uno es que le gustaba estar con la gente, de forma que, cuando se acercaba a un panadero, pongamos por caso, no tenía que hacer un esfuerzo especial. Le gustaba estar con la gente y sabía estar con todo tipo de personas, con una amabilidad verdadera, no impostada. Sencillamente amaba a las personas y, con la misma facilidad, sin buscar artificios, se hacía amar. Me parecen dones extraordinarios y muy poco comunes. Con su extraordinaria amabilidad Felipe se comunicaba, hacía partícipe a unos y a otros de la sustancia de su alma, el amor a Cristo y el deseo de complacerlo con una vida santa. Su sencillez y su humildad, por un lado, su «amor inmoderado» a Cristo, por otro, y ese gusto natural por la vida, por las cosas hermosas y nobles, por el trato con los hombres, es lo que permite la comunicación del propio camino cristiano, de su propia vida. «Queridos míos, y ¿cuándo vamos a empezar a ser buenos?» En estas palabras sencillas, alejadas de todo cálculo y artificio, se muestra el deseo propio de avanzar hacia Dios y de llevar con él a todos los que querían acompañarlo por el camino del bien, porque no se le pasa por la cabeza un itinerario espiritual que no sea, a la vez, radicalmente moral.

Tuvo la capacidad y la voluntad, la extraordinaria caridad, de hacerlos partícipes de su camino hacia Dios. Eso ocurre ya en sus primeros años romanos, en su andar por las calles y en su servicio a los enfermos; luego en la fraternidad de la Santísima Trinidad, llevando a la contemplación, predicando con sencillez y libertad, siendo aún laico y sin tener pretensión alguna de ser sacerdote, respondiendo al requerimiento eclesial de atender a los

³⁰ SAN JOHN HENRY NEWMAN, *La misión de san Felipe Neri* (Didaskalos, Madrid 2021), 68.

peregrinos. Y todo eso descollará en su vida sacerdotal y en su servicio al sacramento de la penitencia.

La capacidad que tenía san Felipe de hacer que todos estuviesen a gusto en su compañía, tiene mucho que ver con su humildad, pero también con su buen humor, con su jovialidad. Un literato florentino converso, Giovanni Papini, fascinado por san Felipe, contempló en *el santo al muchacho jovial* de un barrio de Florencia:

«Al final, san Felipe, es un muchacho florentino, más aún, un muchacho de Oltrarno [el barrio que está más allá del río Arno], que por la intervención sobrenatural de un amor inmoderado por Cristo, se ha elevado al punto máximo de la santidad, permaneciendo en parte lo que era, un muchacho bromista del barrio de Oltrarno»³¹.

Amó inmoderadamente a Cristo sin dejar de ser un muchacho divertido de un barrio de Florencia. La infancia de espíritu, la sencillez y la humildad que conservó siempre san Felipe le facilitó, junto a su caridad, ese extraño saber estar con todos y esa capacidad de comunicar la seria sustancia de la fe al pueblo romano: a los que conoció en *San Giacomo degli Incurabili* o en las calles romanas, como a Enrico Pietra o Prospero Crivelli, al zapatero Tosini, al miniaturista Vincenzo, al notario Bucca, a Manzoli, florentino como él y vecino de habitación en Roma, al músico Giovanni Animuccia, al patricio Mario Altieri, o al noble Carlo Mazei; también a los que conoció en el confesionario, como el perfumista Monte Zazzarra, cuyos tres hijos varones, Francesco, Clemente y Andrea, serían después padres de la Congregación romana del Oratorio, o Alessandro Fedeli, al que había conocido en su breve paso por la Sapienza, ahora su penitente, luego padre de la Congregación; y otros más. Son nombres reales de los primeros que, poco después de su ordenación, Felipe había unido a sí con un vínculo de amistad y de paternidad espiritual. Y este vínculo es el germen del Oratorio, en torno a 1554. Enseguida llegaron otros, la mayor parte jóvenes ambiciosos, de espíritu bastante mundano: como Tassoni, luego sacerdote; o un amigo con el que Tassoni se hizo acompañar, Modio, médico y escritor de obras lascivas; Salviati, sobrino del papa Pablo III; o Alejandro de Medici, luego León XI, papa; o el bueno de Baronio, o el gran Tarugi, o Bordini, que decía de sí mismo que había llegado hasta Felipe, «como un abortivo», usando la expresión paulina. Todos estos llegaron alrededor de 1557.

En el confesionario Felipe hizo lo que es propio de un confesor, no inventó un nuevo sacramento, pero sí hizo algo extraordinario: convertir a sus penitentes en verdaderos hijos, dándoles cabida en su vida cotidiana y concreta. No tuvo que inventar un método, sencillamente les hizo sitio en su vida. «Los que tuvieron la fortuna de acercarse una vez, no se cansaron nunca de él y se convirtieron en su familia»³². Los cardenales y grandes eclesiásticos llegaban a Roma con su *«famiglia»*, una abundante corte de servidores y colaboradores de todo tipo. Felipe también tuvo su familia, bien distinta, fraguada con el solo vínculo de la caridad. Y él fue «el Padre». «El diálogo espiritual, comenzado en voz baja en el confesionario, se prolonga en la estancia superior, donde el Padre admite en familiaridad cordial a los pocos que el escaso espacio permite. Es el Oratorio es estado embrionario. Los primeros lo recordarán siempre: “El Padre, con su maravilloso afecto, comenzó a hablarles cada día en su habitación, después de la comida, del desprecio del

³¹ GIOVANNI PAPINI, “Prefazione”, en: PONNELLE L. – BORDET L., *Filippo Neri e la società romana del suo tempo* (Firenze 1931; edizione anastatica con appendice, 1987), IX.

³² CISTELLINI, *Breve storia*, 28

mundo, de la belleza de la virtud, del premio de los buenos; la mayoría de las veces, movido a echarse vestido sobre la cama, como quien languidecía de amor”³³.

El Oratorio es el fruto de la misión de san Felipe y ésta no es sino participación de su camino espiritual. Hasta aquí hemos visto cómo se forma su embrión. No me parece esencial que nos paremos en los detalles de cómo este embrión se va gestando hasta su nacimiento entre 1558 y 1559. Tampoco es necesario que nos paremos a describir cómo se van realizando los ejercicios del Oratorio, es decir los sermones, las oraciones devocionales, el diálogo o el canto; o las caminatas por las colinas romanas, o la visita a las siete iglesias.

Pero sí me interesa subrayar otro hecho que muchas veces ha aparecido como anecdótico y que personalmente me parece revelador. Tuvo lugar en 1557 poco antes del nacimiento del Oratorio, lo cual también me parece significativo. Las cartas de los misioneros, especialmente las de Francisco Javier, se leían habitualmente en la habitación de Felipe, cuando se reunía allí con sus hijos; y seguramente encauzaron el deseo misionero de san Felipe hacia el Oriente, hasta el punto de plantearse seriamente viajar hasta allí. Rezó y buscó consejo hasta que tomó como definitivas las palabras del cisterciense Agostino Ghettoni³⁴: «Tus Indias son Roma». Tomando estas palabras como concluyentes, se dedicó a Roma con un sí definitivo en su entrega en la misión emprendida, que en realidad es un sí a la responsabilidad de padre sobre los hijos que Dios le había dado en el confesionario³⁵. Me parece que la característica estabilidad del Oratorio, aunque pudiera ser inspirada por la tradición benedictina, nace sobre todo de esta decisión de san Felipe de entregarse a Roma, a sus hijos. Su misión no es la de sembrar el Evangelio aquí y allí, sino hacer sitio en su vida a aquellos hombres que Dios le dio y caminar con ellos hasta la muerte. Así fue realmente Padre, expresión de la paternidad de Dios, que lo es de una vez para siempre. Y, me parece, que hay que hacer referencia a este amor paterno definitivo para entender, primero, la misión de san Felipe, y luego la misión de la Congregación del Oratorio, al servicio del Oratorio, de los hijos, de una ciudad, de un pueblo concreto.

Es mi parecer que san Felipe no hace nada para llevar a Dios a los hombres que no sea andar él mismo un camino, el suyo, e invitar y dejar que otros lo hagan con él, mientras se desvive por ellos como quien es padre y madre, y lo es hasta el fin. Podemos describir los núcleos de su espiritualidad y, en cierta medida, su experiencia de Dios. Podríamos hablar del Oratorio como instrumento pastoral y, mejor, como el fruto de la misión de san Felipe, pero la relación entre misión y experiencia de Dios es este vínculo personal, de carácter amistoso y paterno.

Seguramente, si algo hacía suave la fiera ascesis de la negación del yo que imponía san Felipe, era este vínculo con el que unía a sus hijos a su amable corazón. Santa Teresa de Jesús, mirando al amor de Dios, dirá que ese amor hace fácil lo difícil, «camino real, me parece que es», dirá nuestra santa. San Felipe ofrece un cuidado paterno tan amable, tan generoso de su vida, que sus hijos caminan la dura negación de su propia voluntad —que aquí radica el nudo gordiano de su ascesis— casi sin darse cuenta. Es como el padre que enseña a su hijo a pedalear en la bicicleta y corre agarrando el sillín. Corre fatigosamente mientras su hijo se siente seguro, hasta que mantiene el equilibrio por sí mismo. Pero, cuando sus hijos han aprendido a dar pedales solos, el padre sigue siendo padre,

³³ CISTELLINI, *Breve storia*, 28

³⁴ Del monasterio de *Le Tre Fontane*

³⁵ En una comprensión más amplia, habría que afrontar el momento en el que san Felipe, en 1570, un poco cansado de soportar sospechas, estuvo tentado de ceder a la invitación de san Carlos Borromeo y dejar Roma para ir a Milán llevándose con él a sus hijos más fieles.

independientemente de los nuevos retos que sus hijos tengan que afrontar. La paternidad de san Felipe no es una función, sino una característica de su ser. Se mueve antes en el terreno del ser que del hacer, en el terreno de la gratuidad y de la sobreabundancia, más que en el terreno de la utilidad o de la funcionalidad. Por eso el Oratorio no toma simplemente a san Felipe como modelo, sino como Padre, y participa de su camino hacia Dios como de su herencia. Cistellini dice que el Oratorio es «la proyección viva de su personalidad, casi una admirable encarnación suya»³⁶. Me parece ajustado a la realidad, aunque yo hablaría de «participación de la personalidad y del camino existencial de san Felipe» más que de proyección.

Creo que con lo expuesto a propósito de la experiencia mística de san Felipe, con su camino espiritual previo y su desarrollo posterior y con lo dicho a propósito del ejercicio de su sacerdocio con su servicio al confesionario y el Oratorio en estado embrionario, ya hemos dado la respuesta fundamental para entender la relación entre experiencia de Dios y misión en san Felipe.



P. Enrique Santayana Lozano C.O.
Congregación del Oratorio de san Felipe Neri de Alcalá de Henares
Madrid

³⁶ CISTELLINI, San Filippo Neri, 103.